

**EL ORO DE LOS
NAZIS**

Andrés Hernández



©El Oro de los Nazis
Colección: Legado Mostacho
Sello: VOZ
Primera edición: Noviembre 2019

©Andrés Hernández

Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Felipe Montecinos
Corrección de textos: Rodrigo Muñoz Cazaux
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile.
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
ISBN: 978-956-6021-25-4
Registro de Propiedad Intelectual N°: A-287899

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

**"Podemos estar felices de saber que el futuro
nos pertenece completamente."**

Adolf Hitler

PRÓLOGO

Retiro, VII Región del Maule, Chile

03:56. A.M.

Tres vehículos van a toda velocidad en persecución de otro por la Avenida principal de Retiro. Es preciso encontrarlo ya que lleva pruebas visuales irrefutables sobre un misterioso secreto oculto por años.

Robert Harrison saca ventaja de sus perseguidores por más de un kilómetro de distancia, con el pie a fondo del acelerador trata de escapar, debe llegar al único lugar seguro para él, las dependencias del diario El Parralino. Robert ha trabajado por años investigando a los colonos alemanes. Hoy obtuvo las pruebas necesarias para des-enmascararlos.

Cien metros antes de llegar a la Panamericana Sur, el periodista disminuye la velocidad, chequea de reojo por el espejo retrovisor; el destello de las luces de sus perseguidores está cada vez más cerca. Su corazón late descontrolado, el miedo se apodera de él, pero el secreto debe ser legado, es por eso que acelera a fondo mientras avanza por la Panamericana Sur. Unos kilómetros más adelante gira a la derecha e ingresa a Parral por la Avenida Aníbal Pinto, hace un giro hacia la derecha, los neumáticos chillan mientras entra por calle Victoria, se detiene en seco en la calle San Martín. En plena esquina se ubican las instalaciones del diario El Parralino.

Harrison baja de su vehículo y se dirige hacia el acceso principal, saca del bolsillo derecho de su pantalón un manojito de llaves, sus temblorosas manos no dan con la correcta, el llavero cae al piso, lo recoge y tras escoger una la inserta en la cerradura. Después del cuarto intento, logra ingresar. Sube por las escaleras y llega al salón de redacción, a toda prisa camina hasta el final del pasillo. Entra a la sala de revelado, enciende la luz rojiza, se desembaraza de la cámara Nikon F, enrolla la película, abre la parte trasera del aparato y desprende el rollo, lo

desarma y lo cambia de contenedor. Con agilidad coge un plumón, escribe unas siglas en inglés sobre el negativo, y lo vuelve a guardar en cascarón de plástico. Lo sostiene fuerte en su mano, se traslada corriendo hasta su oficina. Respira agitado, no logra coordinar sus acciones. Escucha el chirrido de un vehículo que derrapa sobre el asfalto y luego estaciona.

«¡Vienen por mí!» Piensa. Deja el rollo en el estante que esta tras de su escritorio, junto a otros varios. Escucha como patean la puerta, toma el teléfono, una gota de sudor helado corre por sus sienes, comienza a discar, la llamada da tono.

Después de cinco tonos una voz pastosa y adormilada contesta.

— Aló — Regaña una voz adormilada

— ¡Oswaldo, soy yo! — cita acelerado Robert

— ¿Gringo? — El interlocutor se levanta de una zancada de la cama—. Gringo ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás? dime dónde estás

— En el periódico, me quieren matar, no hay tiempo. No, hay tiempo, tengo que decirte algo, los alemanes son...

Un fuerte estrepito se oye, la llamada se corta.

— Gringo ¡Gringo! — grita desgarrado Oswaldo al escuchar el disparo.

Parral, VII Región del Maule, Chile.

05:22. A.M.

El perímetro del Parralino se encuentra acordonado por personal de Carabineros. Oswaldo Monroy desciende de su vehículo. No lo dejan pasar, el periodista mueve los brazos para llamar la atención del oficial encargado, quien en ese momento designa las acciones de sus subordinados. Al ver al reportero le indica con un ademán al cabo Pichún que permita el ingreso. Monroy traspasa el obstáculo y se acerca.

— Vine lo más rápido posible — saluda el periodista.

—Lo lamento Monroy, créame que lo lamento —un silencio se queda flotando por unos segundos.

—¿Muerto?, ¿Robert está muerto, capitán? —exclama Osvaldo, acto seguido se lleva la mano a la frente y se lamenta.

—Cinco impactos de bala en el plexo solar y un disparo en la cabeza, además cortaron su cuello y sacaron la lengua por el mismo corte —Peredo se muestra horrorizado—. En todos los años que llevo en Carabineros jamás me tocó ver algo así como esto. Señor Monroy ¿Su amigo Robert tenía enemigos, sufrió alguna amenaza o algo que nos ayude con la investigación? —pregunta el policía.

—No capitán, Robert no tenía enemigos, tenía un círculo cerrado de amistades, era una persona tranquila, lo único que le apasionaba era su trabajo.

—¿Cómo supo que su amigo estaba en peligro? —pregunta Peredo dedicándole una mirada de duda.

—Me llamó en la madrugada diciéndome que lo querían matar —responde serio, mirando al oficial frunciendo el ceño—. Capitán lo último que alcanzó a decirme Robert antes de cortar fue: —el reportero toca su sien, cerrando los ojos, recordando. *«Estoy acá en el periódico. Amigo, amigo me quieren matar, no hay tiempo, tengo que decirte algo, los alemanes son...»*

Peredo, al ver a Osvaldo absorto chispea los dedos sobre su oído derecho, el periodista se le queda mirando con los ojos muy abiertos, meciendo la cabeza—. «Los alemanes son...» Eso fue lo último que dijo. En ese momento escuché el disparo y perdí contacto.

—Monroy, sígame por favor —Ambos ingresan a las dependencias del Parralino, van hasta la escena del crimen, antes de entrar a la oficina, el capitán se detiene—. Osvaldo, quiero indicarle que la escena del crimen esta tal cual como la encontramos, estamos a la espera del Fiscal, creo que usted debería de despedirse de su amigo —el oficial le toma el hombro y lo anima a entrar.

El periodista entra tembloroso a la oficina, un librero le obstruye la visual, da cinco pasos más, observa a su amigo inerte en el piso. El cadáver muestra varios hematomas en el rostro, además de cortes en todo su pecho. Los especialistas miden el lugar y toman fotografías a los casquillos regados por el piso, colocan una placa metálica con números.

«Gringo, amigo mío, juro que vengaré tu muerte. Se hará justicia, lo prometo». Piensa Osvaldo y empuña las manos, mira al techo y coloca los nudillos en su boca. Se acerca al cuerpo, se agacha, lo mira fijo, acerca la mano y cierra los ojos del occiso. Se incorpora, aún no se resigna, seca sus lágrimas, se marcha de la oficina. Al salir lo espera Peredo, quien, al verlo, lo invita a pasar a una oficina contigua.

—Monroy, debo pedirle que me acompañe a la Tenencia. Debo de tomar su declaración.

—Lo que indique, oficial —responde Osvaldo deglutiendo con dificultad.

Aeropuerto Pudahuel, Santiago de Chile.**Miércoles, 20 de abril de 1960.****Día 1.**

Una brumosa mañana de otoño se deja caer sobre el aeropuerto capitalino. El lugar presenta una neblina espesa, la cual hace imposible divisar nada a más de un metro de distancia. El ruido es ensordecedor, el arribo y despegue de los aviones provoca un molesto pitido en los oídos.

Un colono alemán de contextura gruesa y rostro un tanto desabrido, llega al terminal aéreo conduciendo su Ford F1 año cincuenta y dos, negra. Günther Penz estaciona tras de un bus de transporte de pasajeros, que precisamente estaba cumpliendo esta función, producto de la demora, echa marcha atrás y realiza un adelantamiento, para luego estacionarse quince metros más adelante. Detiene su vehículo y retira desde la guantera, un aviso escrito en alemán que reza: *Hallo Herr Pitts mein Name ist Günther Penz und ich komme für sie; Hola Señores Pitts mi nombre es Günther Penz y vengo por ustedes.*

Günther observa su maltrecho reloj, que marca las seis menos cuarto. El cielo comienza a encender su luz, la cordillera de los Andes se recorta imponente sobre el azulado cielo. El colono desciende torpe del vehículo. Su rodilla derecha no ha podido mejorar después de caer de un caballo hace siete años atrás. Debido a esto utiliza un bastón para no perder el equilibrio. Se desplaza lento hacia el interior del aeropuerto. Escucha por los altoparlantes el arribo del vuelo que estaba esperando. Sabe que el trámite que deben realizar es demoroso. Para esperar a los visitantes se adentra en el sector de cafeterías y restaurantes, camina con calma por el pasillo. Una chica llama su atención. Se detiene en el Café Fiorella». Se arrima a una mesa del ala sur, toma asiento, mete la mano a su saco y de su cajetilla Lucky Strike saca un cigarrillo sin filtro con el cual comienza a jugar en la mesa de mantel

blanco, huele el tabaco colocándolo bajo su nariz. Termina colocándolo en sus delgados labios, busca su encendedor y las llamas cubren la punta del cilindro. Se acerca a su mesa una jovencita con un cenicero entre las manos, saluda cortés y lo coloca sobre la mesa. Günther, saluda amable a la muchacha. Se le queda mirando a los ojos, esta baja la mirada y se acerca.

—Buenos días señor, mi nombre es Carolina, bienvenido al Café Fiorella —dice ella, tratando de no conectar su mirada en el cliente—. ¿Qué se va a servir? —inquire acomodándose el cintillo en el ondulado cabello cobrizo.

—Un café cargado —contesta Günther con un español poco descifrable. Hace una pausa, se lleva la mano a la cabeza, luego la coloca sobre su boca y lo intenta otra vez—. Quiero un café cargado con galletas.

La mesera apunta el pedido y se retira. Günther toma una revista de una mesa de centro y lee. Pasan varios minutos. Un tanto impaciente se levanta del asiento. Al hacerlo se encuentra de frente con Carolina.

—Perdone la tardanza —dice la mesera.

—Me levanté para sacar otra revista para leer —dice el hombre con una risa coqueta, pero sus dedos tamborilean en su muslo.

—La cafetera se acaba de estropear, por eso la tardanza —dice ella, dejando la bandeja sobre la mesa—. Disfrute su desayuno, cualquier cosa que necesite, me llama, mi nombre es Carolina —se retira con una reverencia.

—Muchas gracias señorita Carolina —el colono alemán le guiña un ojo.

Günther bebe su café, echa una ojeada a la revista y de vez en cuando echa un vistazo al sector de Interpol. Alrededor de cuarenta minutos han pasado desde que está en el aeropuerto a la espera de los hermanos Pitts.

En ese momento, un empleado del terminal aéreo se encuentra conversando con Sandor Pitts.

—Por las mañanas es un tanto complejo el trámite, gran parte de los vuelos internacionales llega a estas horas al terminal aéreo —explica el empleado.

—Gracias por su ayuda —responde Sandor.

Soeren se acerca a su hermano y este replica lo escuchado.

Este comienza a tomar nota en su agenda y se acerca a una butaca, toma asiento, dejando a Sandor en la fila.

Soeren, se queda pegado mirando el reloj que se encuentra en el altillo de la oficina del jefe de inmigración y recuerda las palabras de Helmuth Ronteins. «*Está es una misión, métanse esto bien en su cabeza, como un propósito, ¿Entendido?*»

Actualmente Ronsteins es un destacado Coronel del Ejército Imperial Alemán «*Deutsches Heer*». En su juventud perteneció a las juventudes Hitlerianas. Fue adiestrado, entrenado en la disciplina y la obediencia a la ideología nazi. Solo logró estar casi dos años, debido al término de la II Guerra; después de la derrota, las Juventudes Hitlerianas fueron disueltas, esta disolución fue llevada a cabo por los aliados como parte del plan de *desnazificación*.

Las instrucciones se pasean por la testa de Soeren, que vuelve a la realidad producto del descontento de los pasajeros que están a la espera en la ringlera. Mira de un lugar a otro en busca de su hermano, pero no lo encuentra.

El Oficial de Inmigración se encuentra junto a Sandor chequeando su pasaporte.

—¿Cuánto tiempo permanecerá en el país? —pregunta el oficial mientras observa el documento.

—Un par de meses —dice Sandor, mientras llama la atención de su hermano.

—¿Hacia dónde se dirige? —consulta el administrativo.

—Parral.

—¿Viene con usted? —dice el oficial mirando a Soeren.

—Es mi hermano —Sandor frunce el ceño.

—¿Son idénticos? —Se les queda viendo impresionado.

—Eso dicen —replica Soeren con una sonrisa, mientras entrega su documentación.

—¿Dé vacaciones?

—Trabajo, yo soy profesor de matemáticas y mi hermano es veterinario —replica Soeren mientras desliza su mano sobre su cabello.

El oficial minucioso revisa los documentos, después de varios minutos en Interpol, los hermanos reciben la cordial bienvenida a Chile.

Se dirigen con prisa a recoger su equipaje, se guían por los paneles informativos que se presentan en el trayecto. Divisan varias cintas transportadoras sobre las cuales se deslizan maletas de diferentes colores y tamaños. Tras identificar su equipaje, lo recogen y abandonan la sala para pasar por el Control de Aduana.

Günther divisa desde el café a los hermanos, solicita la cuenta y se desplaza hacia el Hall de Llegadas. Saca desde su impermeable el gurrúño aviso escrito en alemán, lo extiende con ambas manos sobre su pecho. Pasan un par de minutos hasta que los hermanos se dejan ver entre la multitud. Soeren divisa el cartel y los hermanos se acercan. El colono saluda a los visitantes con un extraño ademán.

—Bienvenidos —dice Günther, mientras los ayuda a llevar un bolso de mano que Soeren trae bajo la axila.

—Mucho gusto Günther. Yo soy Soeren y este es mi hermano Sandor.

—Vamos por el vehículo —replica Günther. Mientras estrecha la mano de Sandor—. Sé que este viaje ha sido largo, pero nos queda otro buen tramo por tierra, espero no vengan muy cansados.

—Estamos en conocimiento —responde Sandor.

El colono abre el maletero y coloca el equipaje dentro, ingresan a la camioneta y emprenden el viaje hacia el Sur de Chile. Un lugar extraño para los hermanos, que solo lo conocen por fotografías. Luego de veinte minutos, se han distanciado del centro de Santiago, el paisaje ciudadano ha desaparecido de golpe. A los costados de la carre-

tera divisan pequeños campamentos; pequeñas casuchas forradas de cartón o latas oxidadas. Soeren en el asiento del copiloto, logra avizorar un par de madres e hijos caminando con baldes en dirección a uno de los tres brazos del río Maipo, cuyo caudal es café chocolate. Queda boquiabierto.

Cuarenta y Cinco minutos.

Una frondosa vegetación de distintos verdes decora el paisaje. Remembranzas de su querida Baviera se vienen a sus mentes, la vasta y llana pradera de belleza sublime los envuelve hasta agotarlos. Ambos se duermen.

Dos horas de viaje y ciento veinticuatro kilómetros recorridos.

Sandor despierta de su pequeña siesta.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunta. Lleva su mano a la boca para ocultar un bostezo. Comienza a estirarse.

—Estamos a mitad de camino, quedan solo un par de horas —Günther se le queda mirando. Señala con el intermitente para adelantar un vehículo.

—¿Hace cuánto tiempo qué estás acá? —pregunta Sandor con una boqueada hablada, exhala para espantar su cansancio.

Soeren despierta confundido, quejoso debido a la fatiga. Mira de un lado para otro y solo ve la imponente belleza del valle que atraviesan. Le avisa a Günther que desea orinar, este mece la cabeza en señal afirmativa. Se hace a un lado del camino tres kilómetros más adelante. Entran a una gasolinera en el kilómetro ciento cuarenta y dos, presiona el intermitente, disminuye la velocidad y dobla a su derecha, se estaciona detrás de un vehículo que se encuentra cargando bencina, le toca su turno y solicita al empleado llenar el tanque.

Soeren baja apresurado en dirección al baño. Sandor y Günther, bajan del vehículo tras estacionar, ambos se dirigen a la cafetería. Minutos después Soeren irrumpe en el lugar, coge su sándwich y se lo sampa brioso, traga desesperado. Los demás se le quedan mirando sorpren-

didados. Sacan una carcajada, el muchacho se detiene y se les queda mirando, toma una servilleta, la lleva a su boca sonriendo. Levanta la botella de Cola y hace un brindis. Su hermano y Günther imitan el gesto.

—En cuanto lleguemos, recibirán un merecido descanso —indica el colono.

Günther se levanta dejando a los hermanos Pitts. Al terminar su comida van hacia el baño. Ya el colono se encuentra a bordo de su vehículo con el motor en marcha. Inician la marcha. El sonido del motor a veces suena con un molesto ruido, a ratos insoportable. Günther, acostumbrado alguna vez a los motores de los Panzer, parecía disfrutar de su ronroneo

10:20. A.M.

Una lluvia torrencial se deja caer sobre los cielos del sur. Los hermanos Pitts logran ver que en gran parte de las casas de la localidad destacan las chimeneas, de las cuales emanan incontables fumarolas las cuales danzan libres en las alturas. El verde se manifiesta en su máximo esplendor. A la orilla del camino una valla monumental reza: Cuida nuestro hermoso valle, no tires desperdicios al camino. Bienvenido al Paso.

Al interior del sector cordillerano se encuentra un lugar llamado «*El Paso Pehuenche*», en este lugar existe una casona escondida entre las montañas, de difícil acceso. Solo se puede llegar con vehículos de tracción en las cuatro ruedas. En este sector es solitario se encuentra el asentamiento alemán llamado: La Fortaleza «*Der Festung*». Fundado hace veinticinco años atrás gracias a la colaboración de personas muy influyentes de ascendencia germana. Los terrenos fueron cedidos por el Gobierno del Estado de Chile a un grupo de teutones que vinieron a colonizar el Sur de Chile, el 16 de abril de 1935. Los colonos ocultan el lugar con recelo. El acceso es intervenido por ellos mismos. Existen varias pancartas que citan:

«CAMINO Y RECINTO PARTICULAR, PROHIBIDA
LA ENTRADA»

La Fortaleza es un vergel enclavado en el sector cordillero, custodiado por un nutrido contingente de guardias. Al divisar alrededor del predio se pueden apreciar seis monolitos de al menos quince metros de separación entre uno y otro, son rondados por dos guardias en cada monolito, quienes llevan colgados al cuello binoculares para chequear que nadie se acerque a las inmediaciones, gracias a la altura pueden ver a gran distancia, además están fuertemente armados con fusiles de asalto Sturmgewehr 44, desarrollado por la Alemania Nazi durante la Segunda Guerra Mundial.

En el interior del predio se encuentra alrededor de una treintena de personas reunidas, la mayoría conversa frente a sus vehículos, que están estacionados en el centro del patio principal. Faltan alrededor de veinte minutos para dar comienzo a la reunión de La Cofradía «Círculo Tridente».

Una vez al mes se reúnen líderes de diferentes partes de Sudamérica y aquí se planifican sus macabros planes. En la puerta principal hay seis guardias equipados con armamento de guerra, comunicados vía radio transmisor con el control de acceso que se encuentra a tres kilómetros distancia de la fortaleza.

Echo 1 se acerca a un vehículo que acababa de estacionar frente al tronco que corta el camino. Solicita la documentación a cada uno de los integrantes de la camioneta con el emblema del Ejército de Chile.

—Buenos días señor, su documentación por favor — indica Echo 1 al conductor.

Samuel Pradenas lo mira con rostro de pocos amigos. El coronel de Ejército Vladimir Berg, se quedó mirando a Pradenas, y luego miró al guarda con mirada desafiante. Cabe señalar que el coronel Berg es un berlinés de nacimiento que participó en la Segunda Guerra. Finalizada la guerra en 1945. Berg fue internado en un campo de prisioneros, del que se escapó en 1947 y terminó huyendo a Argentina. En este lugar fue protegido y su identidad fue cambiada gracias a un pasaporte expedido por la Cruz

Roja a nombre de; Vladimir Berg, con el que oculta su pasado nazi. Dejó de llamarse Alois Heilbronn. Actualmente se desempeña como Comandante del Regimiento de Infantería N°XVI de Talca. En la parte posterior trasera del vehículo, se encuentra su hijo, que cursa su último año de instrucción militar, el alférez Siegmund Berg.

Echo 1 está a punto de confirmar el ingreso.

—Romeo; tengo un BRT con credencial, número 2.345-A, espero confirmación de ingreso — dice Echo1 por el radio y se aleja caminando hacia la caseta donde se encuentra con Echo 2, charlan mientras esperan confirmación. Pasan alrededor de diez minutos y la autorización aún no está confirmada. Vuelve a llamar por radio. El rostro del conductor evidencia molestia. Dos minutos después, el radio suena. Al recibir la autorización de ingreso el guarda se desplaza apresurado hacia el vehículo.

—Disculpe la tardanza señores, bienvenidos — Exclama nervioso.

Los visitantes no lo miran ni responden. Echo 1 da aviso a Echo 2 para que retire el tronco. Una máquina pesada al recibir la autorización maniobra sus tenazas y comienza a retirar la barrera que se encuentra en medio del camino. Los visitantes suben a alta velocidad por el pedregoso y empinado camino.

Los avisos al costado de la carretera indican que solo quedan dos kilómetros para llegar a destino. Günther les indica a los hermanos Pitts que falta poco de camino.

Estos asienten agotados producto del largo viaje. Ante una valla monumental que reza: «Bienvenido al Paso». Günther, acciona el intermitente y dobla a la derecha, abandonando la carretera. Avanzan alrededor de veintiséis kilómetros y una pareja de carabineros que fiscaliza a la orilla del camino los detiene. Uno de los uniformados, realiza un movimiento con su mano derecha. El colono acata las instrucciones. Se estacionan detrás del vehículo policial. El sargento primero se acerca a paso lento hacia el vehículo.

—Buenas tardes, documentos por favor —indica el suboficial.

—Claro oficial —dice Günther. Saca desde su saco los papeles y se los entrega a la autoridad—. Oficial, mis documentos —Günther y se le queda mirando al sargento.

—Alemán, cierto —vocifera el carabinero

—Así es oficial —responde el interpelado—, pasan un par de minutos y el carabinero le permite continuar.

—Puede circular —dice mientras se hace a un lado del camino.

—Muchas gracias oficial —responde Günther y acelera.

Ocho kilómetros más adelante, el asfalto termina y comienza un imperfecto sendero de tierra, lleno de baches, hendiduras y calamina. A ambos lados del camino se aprecian los almendros en flor. La vista es una panorámica de cuento de hadas pintada por Van Gogh, su aroma dulce enamora los sentidos. Tres perros que comienzan a seguirlos, se acercan amistosos, pero su intención no es acompañarlos en el trayecto, sino que era morder los neumáticos. Es por esa razón que Günther pisa el acelerador y logra alejarse, dejando una estela de polvo.

El vehículo se aproxima a la caseta del acceso principal. Echo 1 se acerca y se coloca frente a la puerta del conductor, observa a Günther frunciendo el ceño, se hace a un lado y le pide a Echo 2 por radio despejar el camino. Al ser removido el tronco que está a mitad de camino la camioneta se adentra en el predio, toman el camino que conecta directamente a las cabañas de la hacienda. Los hermanos dan un largo suspiro al llegar. Al toparse con un portón gris. Günther saca del bolsillo del pantalón un control remoto, lo presiona y el portón comienza a abrirse. Se encaminan al interior y estacionan frente a una pequeña cabaña verde, los hermanos descienden con dificultad del vehículo, tienen las rodillas agarrotadas producto del largo viaje.

—En este lugar descansarán muchachos —indica Günther, sacando las maletas desde la cajuela.

Los hermanos, exhaustos y fatigados caminan en dirección a la cabaña.

Alrededor de una mesa de madera redonda, dentro de la Fortaleza, se encuentran reunidas treinta y tres personas, sentados en silencio, esperando a la maestra de ceremonias; Madame Petrova, hija de Jürgen Petrova, un coronel de origen alemán. La mujer mostró talento en el piano y, según testimonios de algunos conocidos suyos, dotada de ciertos poderes sobrenaturales. Desde muy pequeña se sintió interesada en el esoterismo.

La luz del día se consume poco a poco entre los cerros. Madame Petrova camina por la sala. Su aspecto es algo extraño, su largo y ondulado pelo al viento, le llega hasta la planta de los pies; toma asiento en la cabecera y saluda con una reverencia a los asistentes. El mayordomo junto a su ayudante, fósforos en mano, enciende de forma prolija los doce candelabros de siete brazos, labrados a martillo en oro sólido, que se encuentran frente a los comensales. En cada uno arde una lamparilla. Después de encender los candelabros, el mayordomo se retira. El lugar está iluminado solo por la luz de las velas, el salón se presenta como el escenario propicio para la invocación de los espíritus.

—Themulet, oh querido y adorado Themulet. Concédeme el favor que pido, hacedme digna de obtener tu presencia. Permíteme que los espíritus me rodeen, que mi guía me penetre de sus influencias —los presentes siguen vociferando e invocando a Themulet—. Debemos esperar, solo nos queda esperar a que los espíritus se quieran comunicar con nosotros y lo hagan a través de la escritura. Es importante tener paciencia —indica Madame Petrova.

Largos minutos pasan al interior del salón. Kurt Baumeister, jadeaba sobre la mesa, al borde de la sofocación, vociferando en otra lengua. Madame Petrova se le quedan mirando y reacciona. Solicita a los comensales no quitar las manos de la mesa, ya que los espíritus se están

manifestando. Kurt, en medio de los espasmos, se golpea la parte frontal de la cabeza sobre la mesa, comienza a revolcarse, abriéndose espacio. Alguien le acerca una pizarra con un lápiz de tiza verde. Baumeister, con ojos desorbitados, toma la tiza entre las manos y comienza a deslizarlo sobre la pizarra. De pronto, la mesa cobra vida, se eleva unos centímetros del piso. Madame Petrova exclama:

—¡No quiten las manos de la mesa, mantengamos la conexión con los espíritus!

Kurt Baumeister, escribe sobre la pizarra, con movimientos circulares, siete minutos después se detiene. Los mensajes canalizados, resultan estar codificados en un lenguaje extraño. Uno de los comensales identifica los signos, mira desafiante los escritos y se asoma sobre la pizarra. El contactado cae de sopetón al piso, vociferando en una lengua extraña. El hombre inhala profundo consumiendo todo el aire que puede. Madame Petrova se abalanza sobre Kurt y toma su cabello entre las manos, se acomoda encima del poseído. El individuo, tres minutos después, vuelve en sí, se queda extrañado mirando a cada asistente a su alrededor. Lois Von Kleist se apodera de la pizarra y la guarda debajo de su abrigo y se retira veloz del oscuro salón.

Parral, VII Región del Maule, Chile.

El teléfono comienza a sonar en el despacho del jerarca de la colonia Fraternidad. Herbert Weiner, después de cinco timbrazos levanta el auricular.

—Necesito reunirme contigo de inmediato —Indica Von Kleist.

—Mañana.

—Es lo que estábamos esperando —rebate certero.

—¿Dónde? —pregunta Weiner.

—Bar Colono, una hora.

—¡Te quieres echar unas cervezas!

—Una hora.

Bar Colono.

Herbert Weiner espera a Von Kleist, lleva alrededor de diez minutos sentado en la barra. Empina el codo con una cerveza artesanal hecha por el dueño del local; Helmut Wolf, berlinés que llegó hasta el fin del mundo tras el amor de su vida, Erika Becker. El mismo dueño atiende personalmente a sus clientes, solo trabaja con un copero, el cual se encarga de lavar los trastos y de limpiar el local.

Herbert reserva la sala de pool.

—¡Wolf!, por favor dile al chico que me lleve media docena de cervezas.

—De inmediato Herbert.

—En cuanto llegue Lois, dile que lo estoy esperando.

El jerarca, luego de llegar al salón, coloca las bolas en la mesa de pool y comienza a dar tiros difíciles para ejercitar.

De pronto la puerta se abre con un ruido rechinante. Esto alerta a Herbert, acto seguido se gira y con el índice le muestra el reloj a Von Kleist.

—Tanto mezclarte con chilenos, has aprendido sus malas costumbres —Dice Herbert mientras le echa tiza al taco.

—Lo siento Herbert —dice Lois, se acerca, retira un taco y lo acompaña en el juego.

—Habla —dice el jerarca preparándose a dar un palo para iniciar la jugada.

—Hoy estuve en la Fortaleza, Madame Petrova...

—Habla claro.

Von Kleist, coloca sobre una mesa contigua a la de billar su maletín, lo abre y saca la pizarra con los misteriosos signos. Herbert da un salto de impresión, toma la pizarra entre sus manos, se coloca los anteojos y escruta. Queda detenido varios minutos, mira insistente, se toma el labio superior con la mano derecha. «*Esto lo debe saber el Amo Jadbet*», piensa. Vuelve en sí y se gira hacia su amigo. Se acerca y le pega tres palmadas en la mejilla.

—Buen trabajo Von Kleist, buen trabajo —indica el jerarca, luego coge una cerveza y le da un largo sorbo antes de sentarse en uno de los sitios de cuero.

Conversan por largo rato, recuerdan sus experiencias durante la Segunda Guerra. El tiempo ha pasado rápido, el alcohol comienza a surtir efecto, los dos amigos se abrazan y comienzan a cantar un himno alemán con la mano en el corazón y lágrimas en los ojos:

*SS marschirt in Feindesland
Und singt ein Teufelslied
Ein Schütze steht am Wolgastrand
Und leise summt er mit
Wir pfeifen auf Unten und Oben
Und uns kann die ganze Welt
Verfluchen oder auch loben,
Grad wie es jedem gefällt
Wo wir sind da geht's immer vorwärts
Und der Teufel, der lacht nur dazu
Ha, ha, ha, ha, ha, ha
Wir kämpfen für Deutschland
Wir kämpfen für Hitler
Der Rote kommt niemehr zur Ruh'*